



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A ARGENTINA

DISCURSO DEL PAPA JUAN PABLO II A LOS SACERDOTES, RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS EN LA CATEDRAL DE BUENOS AIRES

Viernes 11 de junio de 1982

Amados hermanos y hermanas:

1. Os saludo cordialmente, sacerdotes, religiosos, religiosas, miembros de institutos eclesiales, seminaristas y jóvenes en fase de formación para la entrega a Cristo.

Me encuentro con vosotros en esta catedral de Buenos Aires dedicada a la Santísima Trinidad, pocos días después de haber celebrado la solemnidad del misterio trinitario y antes de la fiesta del Corpus Christi.

Esto nos lleva a reflexionar sobre el significado profundo de la Eucaristía en la vocación y vida del sacerdote y de las almas consagradas.

San Pablo coloca expresivamente ante nuestros ojos el extraordinario contenido eclesial que brota para nuestra existencia de la Eucaristía: "Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan" (1 Cor. 10, 17).

Aquí tenemos delineado en breves palabras el fundamento teológico-existencial, que, partiendo del misterio eucarístico, nos conduce a la realidad de la fe, de la unión eclesial, de la correspondencia a ese amor, que está en la raíz de nuestra consagración.

Sois vosotros los consagrados a Cristo y a la Iglesia, al amor desinteresado por El, a un género de vida basado en la fe, ministros y testigos de la fe, sostenedores de la fe y esperanza de los

demás.

Eso os configura como personas que viven muy cercanas a los hombres y a la sociedad, a sus dolores y esperanzas. Pero os distingue en el modo de sentir y vivir la propia existencia.

En efecto, el sacerdocio es una consagración a Dios en Jesucristo para “servir . . . a la multitud” (Cfr. *Marc.* 10, 45). Esa consagración es, como bien sabemos, un don sacramental indeleble, conferido por el obispo, signo y causa de gracia.

Por su parte, la dedicación de los religiosos es una entrega de sí mismo aceptada por la Iglesia para su servicio. Ello constituye una peculiar consagración “que radica íntimamente en la consagración del bautismo y la expresa con mayor plenitud” (*Perfectae Caritatis*, 5).

Ahora bien, una y otra entrega son más o menos eficaces, en nosotros mismos y en la comunidad que servimos, según la fidelidad que pongamos en vivir toda nuestra vida, interior y exterior, conforme al don recibido y al compromiso aceptado.

Para poder comprender y vivir fielmente esa entrega es necesaria la ayuda de la gracia. Consecuentemente, un sacerdote o persona consagrada debe encontrar tiempo para estar a solas con Dios, oyendo lo que El tiene que decirle en el silencio. Hay que ser, por ello, *almas de oración*, almas de Eucaristía.

2. Y siendo almas especialmente consagradas, hay que ser *hombres y mujeres con gran sentido de la unión eclesial*, que figura y realiza la Eucaristía. Viviendo unidos a un obispo *en y para* la Iglesia, en y para una Iglesia concreta, no somos autónomos o independientes, ni hablamos en nombre propio, ni nos representamos a nosotros mismos, sino que somos “portadores de un misterio” (1 *Tim.* 3, 9), infinitamente superior a nosotros.

La garantía de este *carácter eclesial* de nuestra vida es la unión con el obispo y con el Papa. Tal unión, fiel y siempre renovada, puede a veces ser difícil e incluso comportar renunciaciones y sacrificios. Pero no dudéis en aceptar unos y otros cuando sea preciso. Es el “precio”, el “rescate” (Cfr. *Marc.* 10, 45) que el Señor os pide, por El y con El, por el bien de la “multitud” (*Ibid.*) y de vosotros mismos.

Porque si todo sacerdote, tanto diocesano como religioso, está vinculado al Cuerpo episcopal por razón del orden y del ministerio, y sirve al bien de toda la Iglesia según la vocación y gracia de cada uno (Cfr. *Lumen Gentium*, 28), también el religioso está por su parte llamado a una inserción en la Iglesia local desde el propio carisma, al amor y respeto a los Pastores, a la entrega eclesial y a la misión de la misma Iglesia (Cfr. *Perfectae Caritatis*, 6).

3. Esos vínculos comunes dentro de la Iglesia han de conducir *a una estrecha unión entre*

vosotros mismos. La Eucaristía, fuente suprema de unidad eclesial, ha de dejar sentir sus frutos constantes de comunión activa, renovándola y fortaleciéndola cada día más en el amor de Cristo.

Y así, por encima de las diversidades y peculiaridades de cada persona, grupo o comunidad eclesial, sea el banquete eucarístico el centro perenne de nuestra comunión en el mismo “cuerpo” (Cfr. *1 Cor.* 10, 17), en el mismo amor, en la misma vida de Aquel que quiso quedarse y renovar su presencia salvadora, para que tuviéramos su propia vida (Cfr. *Io.* 6, 51).

4. La manera concreta de realizar esa comunión que exige la Eucaristía, ha de ser la creación de una verdadera fraternidad. Fraternidad sacramental de la que trata el último Concilio (Cfr. *Presbyterorum Ordinis*, 8), dirigiéndose a los sacerdotes, y de la que habla ya San Ignacio de Antioquía (Cfr. S. Ignatii Antiocheni, *Ad Mag.*, 6; *Ad Phil.*, 5) como un requisito del sacerdocio católico.

Una fraternidad que debe cimentar a todos los que participan del mismo ideal de vida, de vocación y misión eclesial. Pero que deben sentir de modo especial aquellos que tienen títulos especiales entre los que, como enseña el Evangelio, son “hermanos” (Cfr. *Matth.* 23, 8).

Un a fraternidad que ha de hacerse presencia de vida y de servicio a los hermanos, en la parroquia, en la cátedra, en la escuela, en la capellanía, en el hospital, en la casa religiosa, en la villa-miseria y en cualquier otro lugar.

Una fraternidad traducida en sentimientos, actitudes y gestos en la realidad de cada día. Así vivida, forma parte de nuestro testimonio de credibilidad ante el mundo. Como la división y las facciones ponen obstáculos en los caminos del Señor.

Pero pensemos bien que esa fraternidad, fruto de la Eucaristía y vida en Cristo, no se limita a los confines del propio grupo, comunidad o nación. Se alarga y ha de comprender toda la realidad universal de la Iglesia, que se hace presente en cada lugar y país en torno a Jesucristo, salvación para cuantos forman la familia de los hijos de Dios.

5. La necesidad de establecer un tal clima de fraternidad, nos lleva lógicamente a hablar de la reconciliación al interior de la Iglesia y de la sociedad. Particularmente en los delicados momentos actuales que la hacen mucho más obligatoria y urgente.

Todos conocemos las tensiones y heridas que han dejado su huella, agravadas por los recientes acontecimientos, en la sociedad argentina; y que hay que tratar de superar lo antes posible.

Como sacerdotes, religiosos o religiosas os corresponde trabajar por la paz y la mutua edificación (Cfr. *Rom.* 14, 19), procurando crear unanimidad de sentimientos de unos para con otros (Cfr. *ibid.* 12, 16), enseñando a vencer el mal con el bien (Cfr. *ibid.* 12, 21). Y abriendo los espíritus al

amor divino, fuente primera de comprensión y de transformación de los corazones (Cfr. *Is.* 41, 8; *Io.* 15, 14; *Iac.* 2, 23; *2 Petr.* 1, 4).

A vosotros toca ejercer el “ministerio de la reconciliación” (Cfr. *2 Cor.* 5, 18), proclamando la “palabra de reconciliación” que os ha sido confiada (Cfr. *ibid.*). Así ayudaréis a vuestro pueblo a encontrarse en torno a los más auténticos valores de paz, justicia, generosidad y capacidad de acogida, que están en la base de su tradición cristiana y de la enseñanza del Evangelio. Todo esto no se opone al patriotismo verdadero, ni entra en conflicto con él. El auténtico amor a la patria, de la que tanto habéis recibido, puede llevar hasta el sacrificio; pero al mismo tiempo ha de tener en cuenta el patriotismo de los otros, para que serenamente se intercomunicuen y enriquezcan en una perspectiva de humanismo y catolicidad.

6. En esta perspectiva se coloca mi actual viaje a Argentina que tiene un carácter excepcional, totalmente distinto de una normal visita apostólico-pastoral, que queda para otra ocasión oportuna. Los motivos de este viaje los he explicado en la carta del 25 de mayo último, que dirigí a los hijos e hijas de la nación argentina.

Hoy vengo *para orar con vosotros* en medio de estos importantes y difíciles acontecimientos que se están desarrollando desde hace ya algunas semanas.

Vengo a orar por todos aquellos que han perdido la vida; *por las víctimas* de ambas partes; por las familias que sufren como lo hice igualmente en Gran Bretaña.

Vengo a orar *por la paz*, por una digna y justa solución del conflicto armado.

Vosotros, que en esta tierra argentina sois por título del todo especial *hombres y mujeres de oración*, elevadla a Dios con mayor insistencia, tanto personal como comunitariamente.

Por parte mía he deseado estar aquí *para rezar con vosotros*, particularmente durante estos dos días.

Concentraremos la plegaria en dos momentos sobre todo: Ante la Madre de Dios en su santuario de Luján y en la celebración de la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

7. Conozco el buen espíritu eclesial y religioso que os anima. Sois muy numerosos los que habéis acudido a este acto. Pero representáis también a los demás sacerdotes o familias religiosas del país, que constituyen las primeras fuerzas vivas de la Iglesia en esta querida nación. A todos confío esta importante intención. En particular a las almas consagradas a Dios en el silencio de los claustros.

En estos difíciles e intranquilos días, es necesaria en tierra argentina la presencia de la Iglesia

que ora; de la Iglesia que da testimonio de amor y de paz.

Que este testimonio ante Dios y ante los hombres *entre en el contexto* de los sucesos importantes de vuestra historia contemporánea. Que levante los corazones.

Porque con todos los acontecimientos de la historia humana va unida también la *historia de la salvación*.

Que el testimonio de la presencia del Obispo de Roma y de vuestra unión con él den un impulso a la historia de la salvación en vuestra tierra nativa.

Con estos deseos y con profundo afecto para cada sacerdote, religioso, religiosa, seminarista y miembro de los institutos eclesiales de Argentina, los presentes y ausentes, os doy de corazón la Bendición Apostólica.